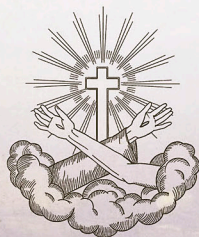


BYRON BROWNE

HISTORIA DE

LAS MISIONES

EN TEXAS



Desde El Álamo hasta las misiones del río San Antonio, esta obra rescata la desconocida historia de los franciscanos españoles que se aventuraron en la frontera tejana para establecer las misiones que cambiarían el destino de toda América.



SEKOTIA

BYRON BROWNE

*Historia de las misiones
en Texas*

SEKOTIA

SEKOTIA

www.sekotia.com

@sekotia

© BYRON BROWNE, 2024

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2024

Primera edición: de 2025

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SEKOTIA • COLECCIÓN BIBLIOTECA DE HISTORIA

Editor: HUMBERTO PÉREZ TOMÉ ROMÁN

Maquetación: JAVIER DÍAZ MARTÍNEZ

info@almazaralibros.com

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-19979-59-9

Depósito:

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*Para Rowland.
Este es para ti, caballero.*

Índice

RECONOCIMIENTOS	11
INTRODUCCIÓN.....	13
CAPÍTULO 1. PRIMERAS ENTRADAS E HISTORIA	19
CAPÍTULO 2. LAS MISIONES-PRESIDIO DE GOLIAD.....	51
CAPÍTULO 3. LAS MISIONES Y PRESIDIOS DEL EXTREMO OESTE DE TEXAS Y SUS ORÍGENES EN EL ESTADO DE NUEVO MÉXICO	79
CAPÍTULO 4. LAS MISIONES Y PRESIDIOS DEL CENTRO DE TEXAS A LO LARGO DEL RÍO SAN ANTONIO	113
MISIÓN SAN ANTONIO DE VALERO	113
MISIÓN SAN JOSÉ Y MIGUEL DE AGUAYO	128
MISIÓN NUESTRA SEÑORA DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN DE ACUÑA	147
MISIÓN SAN JUAN CAPISTRANO.....	163
MISIÓN SAN FRANCISCO DE LA ESPADA.....	178
CAPÍTULO 5. LAS MISIONES Y LOS PRESIDIOS DE SAN XAVIER, SAN SABÁ Y EL CAÑÓN	193
CAPÍTULO 6. CONCLUSIONES.....	225
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	231

RECONOCIMIENTOS

Este libro no pretende en modo alguno arrojar nueva luz ni aportar nuevos datos sobre el periodo colonial español en las zonas que hoy conocemos como Texas, Luisiana y Nuevo México. La mayor parte de ese trabajo fue realizado hace entre cien y ciento cincuenta años por historiadores y eruditos con más recursos. Sin embargo, este escritor estará siempre en deuda con aquellos que buscaron y tradujeron los antiguos registros, diarios, inventarios y agendas españoles. Sin su trabajo previo, parte de este libro habría sido erróneo y, quizás, aburrido. Estudiosos como Casteñeda, Bolton, Weddle, Habig y Dunn, por citar algunos; siempre estaremos en deuda con todos ellos, por su incansable labor. También, con aquellos franciscanos y soldados que mantuvieron vivos sus diarios mientras sufrían las inclemencias del tiempo, los ataques o la necesidad. Con esos valientes hombres, de nuevo, siento que todos estamos en deuda de una manera de la que quizás no nos damos cuenta todavía. Hombres como Bernal Díaz del Castillo y los padres Espinosa y Morfi, que escribieron crónicas de su tiempo sabiendo de algún modo que lo que hacían merecía un lugar en la historia. A todos ellos les estoy eternamente agradecido, como creo que deberíamos estarlo todos los que nos interesamos por nuestro propio pasado. Como el padre Espinosa, *el Julio César de la colonia española*, seguramente conocía la cita ciceroniana: *Nescire autem quid*

ante quam natus sis acciderit, id est semper esse puerum (No saber lo que ocurrió antes de nacer es ser siempre un niño).

A los muchos otros que ofrecieron su tiempo y esfuerzo a este trabajo les estoy muy agradecido, no solo por haber trabajado con ellos, sino simplemente por haberme acompañado durante muchos momentos: la Sra. Claudia Rivers, conservadora de la Colección de Archivos Especiales de la Universidad de Texas, en El Paso, y su excelente personal; el hermano Ed Loch, de la Diócesis de San Antonio; Jared Ramírez, del Parque Estatal de Goliad; el Dr. Michael Strutt y la Sra. Marybeth Tomka, jefa de colecciones del Laboratorio de Investigación Arqueológica de Texas, y al Sr. Vincent Huízar, por su tiempo e inestimable información.

También estoy profundamente en deuda con el personal del Archivo General de Indias, en Sevilla, tanto por su ayuda como por su paciencia. Además, un sincero agradecimiento a Gonzalo Aguirre, por apoyar la idea de este libro y ayudarme con mis numerosas preguntas sobre la traducción. Igualmente a Pedro Vaquero Martín e Israel Pleite Nevado, por la ayuda con la traducción de un texto que era, al menos para mí, difícil a veces.

Y, por supuesto, estoy sumamente agradecida al Sr. Manuel Pimentel Siles y al Sr. Humberto Pérez-Tomé, de Almuzara, quienes expresaron un interés entusiasta en el tema de este libro. Como dice el refrán: Dios los cría y ellos se juntan.

Por último, estoy profundamente en deuda con mi mujer, que me ha apoyado en todo momento y en todas las circunstancias.

INTRODUCCIÓN

Ante la complejidad y magnitud de este tema, confieso que, en cierto modo, como el cura Massanet, estuve tentado de dejarlo como lo había encontrado, es decir, sin límites, desbordado, salvaje y rebotante de posibles daños. La cantidad de trabajo ya realizado sobre las misiones españolas en Estados Unidos es abrumadora. Hay docenas de misiones y presidios que jalonan el paisaje americano desde las Carolinas hasta California. Cada una de ellas ha contado con docenas de escritores y fotógrafos que han seguido su historia durante más de dos siglos. Y cada una incluye miles de cartas, facturas, peticiones, inventarios y las omnipresentes quejas de los misioneros franciscanos, los soldados españoles y los políticos regionales que llenan cientos de cajas en unas cuantas docenas de instituciones del suroeste de Estados Unidos, México y España. Sin embargo, el tema es demasiado intrigante como para dejarlo sin tratar. Sin embargo, como la obra aún no había concluido, la mayoría no se ha ocupado de los esfuerzos de restauración y reconstrucción por los que tantos han trabajado durante tanto tiempo. Este libro hace un pequeño intento de poner al día al lector sobre el estado de estas misiones de Texas tal y como descansan, hoy, en el siglo XXI.

El siglo XVI proponía aventura y riqueza para la Corona española. Sin embargo, los viajes errantes de Cabeza de Vaca, uno de los cuatro supervivientes de la expedición de Narváez de 1527-1528,

procuraron una narración maravillosamente espeluznante, pero produjeron pocas riquezas al Gobierno español. Las posteriores exploraciones de Vásquez de Coronado, de Soto, Espejo, Álvarez de Piñeda, Moscoso e incluso Oñate se saldaron de forma muy parecida: derrota por enfermedad, exposición o falta de recursos. Las cacareadas Siete Ciudades de Cibola, las legendarias Siete Islas de la Antilla y Gran Quivira existían y contenían más oro y plata de lo que la bóveda española podía mantener. Pasó casi un siglo mientras los conquistadores y exploradores recorrían un territorio a menudo infructuoso y hostil que rendía muy poco para la Corona. No fue hasta 1629 cuando un acontecimiento sobrenatural hizo cambiar de opinión al Gobierno español y a los misioneros franciscanos.

Se llamaba María Coronel y de Arana. Nació en 1602 y creció en Ágreda, una ciudad en la provincia de Soria conocida entonces por ser una comunidad donde cristianos, árabes y judíos vivían y trabajaban juntos como un todo unificado. A una edad muy temprana (dieciséis años) tomó las órdenes y, tras unos años de disputas por parte de su padre, el hogar familiar se transformó en un convento; toda la familia más próxima se dedicó a los principios y dictados de San Francisco. Las hermanas del Convento de la Inmaculada Concepción vestían un hábito blanco y azul, similar al de los hermanos franciscanos, de color marrón y oscuro. Una vez enclaustrada, María adoptó el nombre de sor María de Jesús de Ágreda. A partir de 1620 y durante once años, se dice que sor María tuvo sueños, sueños de bilocación en los que su espíritu viajaba a los indios del oeste de Texas y del este de Nuevo México para educar a los nativos en la fe católica. De hecho, en el verano de 1629, una delegación de la tribu jumana se dirigió al Convento de San Antonio de la Isleta, en Nuevo México, para pedir más información sobre las lecciones que habían recibido. El custodio del convento, fray de Benavides (que menciona este episodio en su extraordinario panfleto Memorial, escrito en 1630 para el rey español Felipe IV), comprensiblemente perplejo, pidió más información a los indios. Los indios le contaron que la Dama Azul (como se le conocía a sor María) les había instruido en la fe cristiana durante varios años en su propia lengua y

les había dirigido al convento para recibir más lecciones y pedir el bautismo.

Aunque se trataba de una historia fascinante que uno podía tomarse a pecho o *cum grano salis*, la revelación hizo que el padre Benavides se embarcara de vuelta a España para hablar con las monjas de Santa Clara. La hermana María confesó que era ella quien había tenido estas aventuras de bilocación, e incluso bajo el volátil escrutinio de la Inquisición, juró que todo era cierto. El franciscano Benavides supo inmediatamente que aquí había una prueba de propósito; el objetivo de un franciscano era difundir la Palabra, y aquí había una directiva clara.

Muchos historiadores y escritores han incluido esta saga en sus propias explicaciones sobre las incursiones españolas en lo que se convertiría en Texas, porque omitir la historia equivaldría a omitir la influencia morisca en la decisión de Fernando e Isabel de financiar los viajes de Colón, o incluso la influencia de los mismos en la arquitectura de muchas de las misiones. La historia de Ágreda se incluye aquí por la misma razón. Aunque para algunos resulte fantástica, su omisión supondría negar una parte integral de la historia. Por supuesto, hay otras razones menos fantásticas para los esfuerzos de expansión española en la región, y la razón más singular es mucho más humana que espiritual. Además de las minas de lo que hoy es Coahuila, México, había plata (y mucha) en las colinas y montañas de Nuevo México, y el padre Benavides sabía que ilustrar este hecho a su soberano le atraería.

La región situada al norte del río Grande prometía entregar las mismas riquezas que Hernán Cortés había arrebatado a los aztecas. Tanto las noticias de los descubrimientos de Colón a finales del siglo XV como la magnífica documentación de las misiones de Cortés a través de México, recogidas por Bernal Díaz a finales del XVI, indujeron a muchos europeos aventureros a las Américas. Y, si venían los españoles, también lo hacían los franciscanos. Y el Vaticano también sancionó toda expansión hacia el oeste. La ahora famosa (o infame, según se mire) bula del papa Alejandro VI del año 1493, que concedía a los Reyes Católicos y sus sucesores todo lo que ganasen y

conquistasen en las Indias no estando ocupadas por otros, ordenaba que todas las tierras descubiertas que no estuvieran ocupadas por cristianos fueran propiedad de Portugal o España. La bula *Inter caetera* (II) establecía, además, que se enviasen emisarios católicos a las Américas: «hombres dignos, temerosos de Dios, doctos, hábiles y experimentados para instruir a los habitantes en la fe católica». De hecho, Bernal Díaz escribe en numerosas ocasiones sobre los intentos de los monjes franciscanos de disuadir a los sacerdotes nativos (o *papas*, como él los llamaba) de siglos de horribles prácticas religiosas paganas. Ofrecieron, en su lugar, una religión que permitía la confianza comunitaria, la amabilidad y, como mínimo, la liberación de las víctimas humanas que los españoles descubrían en casi todos los pueblos, enjauladas, violentamente maltratadas y esperando su turno para que les arrancaran el corazón del pecho durante las ceremonias religiosas de los nativos. La moderación de los franciscanos a la hora de no castigar a los sacerdotes nativos, incrustados de sangre y heces, solo era comparable a su devoción por convertir y salvar. (Díaz nos dice que Cortés, si los esfuerzos de los religiosos fracasaban, utilizaba su propio tipo de conversión con los nativos, normalmente con el extremo de su arcabuz). Imaginaban que si podían mantenerse fieles a sus votos ante tanta barbarie allí, sin duda podrían continuar las conversiones con quien esperara más allá de las fronteras del río del Norte. Sin embargo, algunas tribus al norte del río Grande no se parecían en nada a sus primos del sur. Si bien las tribus del centro de México eran ciertamente bárbaras para el pensamiento europeo, también, en muchos casos, demostraban cierta apariencia de civilización; se mantenían granjas, se pastoreaban animales y los edificios tenían un sentido de permanencia y propósito. Además, De León y el padre Massanet señalan que las tribus del este de Texas eran amistosas y acogedoras con las entradas de los españoles. Sin embargo, muchos grupos del lejano oeste eran seminómadas, tribus que vagaban de un escondrijo a otro por motivos aparentemente anhelantes. No cultivaban nada porque, de hacerlo, tendrían que quedarse *in situ* durante un tiempo. Comían lo que encontraban, o lo que podían robar de las misiones y fuertes españoles, mientras

vagaban por una tierra casi anémica. Y, como consideraban los españoles, para muchas de estas tribus la religión consistía en poco más que perplejidad ante el sol y la luna. Al igual que un pastor necesita una zona diferenciada para su rebaño, los franciscanos necesitaban a sus súbditos congregados y estacionarios. Desgraciadamente, este programa estaba en total desacuerdo con la cultura de varios de los nativos de la región que más tarde se llamaría Texas.

El método sistemático empleado por los españoles para intentar colonizar la región del norte de México y Texas es único y loable. Que la Corona española considerara y aceptara los planes de los franciscanos para la conversión de los nativos permite conocer íntimamente el carácter de los responsables últimos de las decisiones que implicaban la expansión. A lo largo de los siglos, muchos imperios han permitido el éxodo y la expansión de sus países. Sin embargo, a diferencia de los antiguos griegos, que trataron activamente de someter a los suyos en Sicilia y la *Magna Grecia* (sur de Italia), o de los británicos, siglos más tarde, que simplemente no podían dejar a los suyos solos, o incluso del Gobierno francés durante este mismo periodo colonial que, aunque empleó a misioneros franciscanos durante algunas de sus exploraciones, parece que hizo poco uso de sus talentos en lo que respecta a las poblaciones locales. Por el contrario, los españoles animaron a sus ciudadanos (muchos canarios) a trasladarse tanto a Nueva España como a las Nuevas Filipinas, como se denominó en ocasiones a Texas. Los franciscanos que acompañaron y a menudo dirigieron estas excursiones a Texas estaban tan decididos en su propósito como lo había estado su progenitor, San Francisco. Estos religiosos españoles veían los territorios al norte de México como una tierra fecunda, pero un terreno donde miles de gentiles vagaban espiritualmente inanimados. Los franciscanos estaban decididos a convertir a los nativos, tal y como su orden disponía.

Sin embargo, sería extraordinariamente ingenuo creer que los motivos políticos no fueron también factores motivadores. Principalmente, la Corona sabía que una población nativa convertida al catolicismo podía convertirse en ciudadanos *de jure*, y hay abundantes pruebas de que no solo los soldados, inmigrantes y polí-

ticos españoles, sino incluso, en ocasiones, los religiosos, se ayudaban entre sí con cualquier producto, ya fuera algo material o seres humanos, que los nativos pudieran ofrecerles una vez asegurados dentro de los muros de la misión. De hecho, dos acontecimientos con solo cinco años de diferencia a finales del siglo XVII motivarían a estos misioneros franciscanos a adentrarse en Tierra Adentro. El primero, la Revuelta del Pueblo de 1680, disparó y dispersó las colonias españolas congregadas en Nuevo México hacia el este, en dirección al actual El Paso, Texas. El segundo suceso, que parece haber preocupado más al Gobierno español en Madrid, fue la incursión de La Salle en la costa de Texas en 1685. Estos dos sucesos, unidos a las visiones de la Dama Azul, avivaron los ardientes deseos de los franciscanos por llevar a cabo su obra. Sin embargo, como veremos, los franciscanos estaban más preocupados por el arco de la historia, por la trayectoria espantosamente bella de la obra de salvar almas que por las minucias apremiantes y el mando de los militares y los políticos.

Este libro tiene una doble finalidad, al igual que las expediciones del Gobierno español con respecto al Nuevo Mundo. En Texas (incluyendo Luisiana en la misma región), además de en Nuevo México, Arizona y California, las empresas de los misioneros estaban singularmente orientadas hacia el cielo, mientras que las de los políticos, funcionarios, inmigrantes y soldados solían ser más vulgares y terrenales. Esta obra es tanto un esfuerzo por recordar esa historia y su impacto como una oportunidad para que el lector sea testigo de en qué se ha convertido todo ese tiempo y esa energía gastada. Las historias de las misiones Españolas revelan la totalidad de los caminos de la mente y la voluntad; estas historias ilustran la duplicidad y la dualidad, son simultáneamente vergonzosas y desvergonzadas, tenues y profundas, sacrílegas y sagradas... en resumen, representan todo lo que es humano.

CAPÍTULO 1

PRIMERAS ENTRADAS E HISTORIA

En última instancia, los esfuerzos de los franciscanos en Texas tienen su origen en los conquistadores españoles que fueron en busca de riquezas y recursos para financiar su sistema de encomienda, es decir, un sistema semifeudal por el que se permitía a los españoles, en virtud de la legislación española, ofrecer a las poblaciones indígenas protección frente a las hostilidades e instrucción en la fe católica a cambio de tributos y la posesión de las tierras que pudieran conseguir. Por supuesto, en sus comienzos, esto significaba más a menudo la esclavitud de los nativos, trabajos forzados y abusos físicos. Los encomenderos abusaron tanto de este sistema que el gobierno castellano le puso fin en 1730. Sin embargo, fue este atractivo de riqueza potencial y duradera lo que empujó a miles de jóvenes europeos al Nuevo Mundo. Y, fuera cual fuese el grupo que intentara aventurarse a cruzar el Atlántico, seguro que también les acompañaba la facultad religiosa.

Las misiones más antiguas de Texas se establecieron en la región de El Paso. Sin embargo, es a Álvarez Pineda, de quien se dice que fue el primer europeo en ver y cartografiar la costa de Texas en 1519, a quien se puede atribuir en última instancia el mérito de ser el catalizador del establecimiento de las misiones de Texas. La expedición de Pineda, financiada por Francisco de Garay, a la sazón goberna-

dor de Jamaica, pidió a Pineda que zarpara de Jamaica y comenzara su cartografía de la costa desde donde De León la había dejado en Florida. Al igual que De León y Velásquez antes que él, el objetivo final de Pineda era encontrar un nuevo paso hacia el océano Pacífico, es decir, el estrecho de Anián. Pineda debía navegar hacia el oeste desde Florida y, de hecho, su cartografía del golfo de México es la primera evidencia litoral de la región. Los esfuerzos de Pineda se vieron frustrados cuando Cortés se sintió invadido por los exploradores de Pineda cuando intentaban reconocer la Villa Rica de la Vera Cruz, la actual Veracruz, México (la pequeña flota de Pineda había salido del puerto solo seis semanas después de que Cortés saliera de Cuba para su propia excursión a México). Siempre fiel a su carácter, Cortés los detuvo, se enfrentó al joven Pineda y provocó su retroceso por la costa mexicana hasta el río Pánuco, cerca de la actual Tampico, donde Pineda intentó instalar un asentamiento español.

Aunque se sabe muy poco del asentamiento de Pineda, se le atribuye el mérito de ser el primero en demostrar que Florida no es una isla, como había supuesto De León, sino una península. Además, Pineda tiene el honor de ser el primer europeo que localizó el gran delta del río Misisipi. Aunque muchos autores refutan esta afirmación y sostienen que Pineda encontró la desembocadura de otro río en el actual estado de Alabama o en algún otro lugar más al este, las pruebas, a partir de la cédula o informe oficial dejado a Garay, son difíciles de refutar. Pineda bautizó el lugar con el nombre de río del Espíritu Santo, ya que esta desembocadura fue avistada en la festividad católica de Pentecostés o muy próxima a ella.

Lo que se sabe de Pineda después de su acampada en el río Pánuco es triste de contar. Tras ser expulsado hacia el norte por uno de los suyos, la colonia de Pineda fue encontrada, casi un año y medio después de abandonar el puerto de Jamaica, por Diego de Camargo, capitán de un barco de suministros para el asentamiento de Pineda. Bernal Díaz del Castillo, uno de los oficiales de Cortés, relata con cierto desinterés el desafortunado final de Pineda:

«Estando que estábamos en Segura de la Frontera, de la manera que en mi relación habrán oído, llegaron cartas a Cortés, como había aportado un navío de los que Francisco de Garay había enviado a poblar a Pánuco, y que venía por capitán uno que decía fulano Camargo y traía sobre sesenta soldados, y todos dolientes y muy amarillos e hinchadas las barrigas, y que habían dicho que otro capitán, que Garay había enviado a poblar a Pánuco, que se decía fulano Álvarez Pinedo, que los indios de Pánuco los habían muerto, y a todos los soldados y caballos que había enviado a aquella provincia, y que los navíos se los habían quemado, y que este Camargo, viendo el mal suceso, se embarcó con los soldados y se vino a socorrer a aquel puerto; porque bien tenían noticia que estábamos poblados allí, y que a causa de sustentar las guerras con los indios no tenían qué comer, y venían tan flacos y amarillos e hinchados; y más dijeron, que el capitán Camargo había sido fraile dominico, y que había hecho profesión.

Los soldados con su capitán se fueron luego poco a poco a la villa de la Frontera, donde estábamos, porque no podían andar a pie de flacos. Y cuando Cortés los vio tan hinchados y amarillos, y que no estaban para pelear, harto teníamos que curar en ellos, y les hizo mucha honra, y tengo que Camargo murió luego, que no me acuerdo bien qué se hizo, y también se murieron muchos de ellos. Y entonces por burlar les llamamos y pusimos por nombres los panciverdetes, porque traían las colores de muertos y las barrigas muy hinchadas». ¹

Por la información de la que disponemos hoy, parece que los nativos huastecos (entre los que se había asentado Pineda) se sublevaron en cuanto llegó el barco de suministros. También parece que los nativos esperaron a que se descargaran los suministros, ya que en el barco que llegó a Cortés solo se encontraba el capitán Camargo y varios soldados demacrados y moribundos. También es una amarga ironía el hecho de que aquellos hombres que habían sobrevivido a su tiempo con Pineda, al principio repelidos por Cortés y luego escapando de Pánuco, fueron

1 Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (adaptación). Disponible en Internet Archive, 2009, pp. 273-274. archive.org/details/diaz-del-castillo-bernal-historia-verdadera-de-la-conquista-de-la-nueva-espana. Consultado el 28 de junio de 2024.

reclutados en el ejército de Cortés para su asalto a la capital mexicana de Tenochtitlán, presumiblemente durante la posterior campaña de sitio de 1521. Sin embargo, fue la expedición de Pineda, junto con la de Cortés, la que hizo avanzar los intereses españoles.

Solo seis años después, la malhadada expedición de Pánfilo de Narváez partió de Santo Domingo con el objetivo de colonizar la región comprendida entre Florida y la actual Tampico, en México. Iniciada en 1526, Narváez había recibido licencia de Carlos I para instalar asentamientos en la región del golfo. Sin embargo, es difícil entender por qué el rey confiaría tal empresa a Narváez cuando fue él quien había sido enviado, en 1520, a interceptar y arrestar a Cortés en México. Por supuesto, Narváez acabó cautivo de la mano de Cortés y encarcelado durante dos años antes de ser despedido a España, y muchas de sus tropas fueron reclutadas por Cortés. Sin embargo, la expedición de Narváez parece tan condenada como la de Pineda. Tras la desertión de más de 140 de sus soldados mientras estaba anclado en Hispanola y la pérdida, en un huracán, de al menos dos de sus seis barcos mientras se dirigía a lo que él creía que era la costa oriental de México, Narváez desembarcó en la costa occidental de Florida en abril de 1528. Sin embargo, el rey español dio muestras de buen juicio en un caso de esta expedición: contrató a Álvar Núñez Cabeza de Vaca como segundo al mando y tesorero del quinto real del rey cuando se encontraran riquezas. De la capacidad de liderazgo y destreza de Narváez como conquistador solo podemos decir que todo se ahogó en algún lugar del caos del golfo de México. Del número inicial de los que salieron de España con Narváez (cerca de 1000 en total), únicamente regresaron cuatro. Y podemos estar agradecidos de que Cabeza de Vaca formara parte de ese reducido grupo.

Las historias y aventuras de Cabeza de Vaca son múltiples y variadas. Su historia en las Américas es tan fantástica que resulta casi increíble. Náufrago y solitario en un entorno desolado y hostil, Cabeza de Vaca no solo sobrevivió, sino que, en cierto modo, prosperó durante los ocho años que vagó por el suroeste de Texas y el interior de México. Encarcelado por los nativos, convertido en comerciante e

idolatrado como curandero, Cabeza de Vaca convirtió sus experiencias en una de las historias más increíbles jamás contadas. A semejanza de las trágicas y desconcertantes andanzas de Odiseo, Cabeza de Vaca no encontró el camino de regreso a un asentamiento español hasta 1536, habiendo vagado algo más de ocho años y aproximadamente 2400 millas a pie antes de llegar a su Ítaca, la colonia española de San Miguel de Culiacán. Su libro, titulado *Comentarios*, pasó a llamarse después *La Relación* y, posteriormente, se volvió a renombrar *Naufragios*. Cabeza de Vaca no solo escribió sobre sus experiencias, sino también sobre las numerosas tribus indias que encontró, y es el primer libro publicado sobre el tema del Nuevo Mundo. A pesar de la dureza del relato de Cabeza de Vaca, tuvo la chispa suficiente para impulsar la exploración española de la región.

En 1540 Francisco Vázquez de Coronado y Luján realizó su famosa entrada al norte del río Grande en busca de las míticas Siete Ciudades de Cibola, de las que se decía que eran tan ricas en oro que hasta los edificios estaban chapados en ese mineral. Esta empresa llevó a Coronado a serpentear desde los actuales estados de Nuevo México hasta Kansas. En 1539, como gobernador de Nueva Galicia (los actuales estados mexicanos de Jalisco y Sinaloa), Coronado montó una entrada preliminar en Nuevo México con el claro propósito de determinar si el territorio podía contener riquezas de una magnitud similar a las que se había llevado Cortés. Esta misión estaba encabezada por fray Marcos de Niza y el esclavo africano Estevanico, otro de los cuatro supervivientes de la expedición de Narváez. Este grupo se adentró primero en el actual sureste de Arizona y luego se dirigió hacia el este. Estevanico, impaciente, se adelantó a la expedición para encontrar el pueblo zuni del que Cabeza de Vaca y él habían oído hablar pocos años antes. Cuando Fray de Niza llegó hasta los zuni, encontró a Estevanico muerto por múltiples heridas de flecha. El informe del fraile a Coronado, titulado *Descubrimiento de las siete ciudades*, sugiere que la causa fue el comportamiento lascivo de Estevanico con las mujeres nativas de Cibola (un pueblo zuni). Evidentemente temeroso de correr la misma suerte que Estevanico, fray Marcos de

Niza regresó a Coronado habiendo visto Cíbola apenas de lejos. Sin embargo, sus visiones de los numerosos pueblos parecían haber convencido a Coronado de que las historias sugeridas tanto por Cabeza de Vaca como por de Niza eran ciertas. Un año después, Coronado reunió un gran contingente compuesto por unos cientos de soldados europeos junto con aproximadamente 1400 indios auxiliares mexicanos y comenzó su propia expedición al territorio.

La entrada inicial de Coronado le condujo al este de Arizona, donde él y sus hombres (un pequeño contingente había sido enviado por mar con provisiones) se encontraron con el asentamiento de hawikuh, y rápidamente invadieron la aldea cuando los nativos no les ofrecieron una entrada fácil. Habiendo enviado un grupo expedicionario hacia el oeste (fue este segmento de hombres de Coronado el que descubrió el Gran Cañón y el río Colorado), Coronado fue seducido por un nativo llamado Bigotes, para que caminara hacia el oeste hasta la región de Tiguex, en el sureste de Nuevo México, donde se asentaba una serie de pueblos establecidos a lo largo del río Grande. Fue allí, durante el invierno de 1540-1541, donde Coronado, una vez más, optó por tomar por la fuerza lo que posiblemente podría haber recibido por las buenas si solo hubiera prevalecido una actitud menos belicosa.

Coronado decidió establecer su cuartel de invierno en un pueblo al que los españoles llamaron Alcanfor. El único dilema al que se enfrentaban los españoles era que este pueblo ya estaba ocupado. En lugar de ofrecer algún tipo de compromiso, Coronado ordenó el éxodo de los nativos de sus propios hogares en pleno invierno. Para agravar más la situación, los españoles también se quedaron con todos los recursos que había en el pueblo. Cuando los tiwas se resistieron matando varios de los caballos y otros ganados de los españoles, Coronado comandó una campaña a sangre y fuego que se saldó con la muerte de cientos de nativos. La guerra de Tiguex no solo fue testigo de estos cientos de muertos, sino también de la esclavitud de decenas de nativos. El resultado fue también el abandono de los pueblos vecinos: los nativos murieron o se retiraron a las montañas. Incluso una lectura casual del relato de la guerra de Tiguex ilustra

la brutalidad de estas primeras entradas. A estas alturas, los intereses españoles se centraban casi exclusivamente en la adquisición de riquezas. De hecho, en apariencia impasible ante la matanza de la población indígena, otro indio nativo llevó la atención de Coronado hacia el este. Con el apodo de el Turco, este nativo pawnee le dijo que al este había una ciudad legendaria llamada Quivira, que rebosaba riquezas, y una población potencialmente minera. Coronado, convencido por la sugerencia del tesoro, vagó por el noroeste de Texas y finalmente llegó en 1541 a la legendaria Quivira (en la actual Kansas, aunque esta zona también ha sido cuestionada por algunos historiadores), pero solo descubrió cabañas con techo de paja e interminables manadas de búfalos a lo largo del camino. Cuestionado e interrogado, el Turco confesó haber alejado a propósito a los hombres de Coronado del territorio zuni con el único fin de que este se liberara de la dominación española. Antes de que la expedición regresara a Nuevo México, el Turco fue ahorcado. Un frustrado Coronado, después de un invierno más en Nuevo México durante el cual su grupo fue constantemente acosado por los nativos tiwas en incursiones de ataque y fuga, regresó a Nueva Galicia en abril de 1542. Los informes de sus brutalidades, que llegaron a Ciudad de México y luego a Sevilla y Madrid, dieron lugar a su propio interrogatorio, aunque sus castigos fueron mucho menos severos que los que infligió.

La expedición de Coronado solo puede calificarse de fracaso si se tiene en cuenta cuál había sido su intención. Claramente cegado por un futuro plagado de oro, el error fue confiarse a aquellos a quienes estaba haciendo la guerra. Los nativos se aprovecharon de la codicia de Coronado, llevándole a una tierra seca e inhóspita; le dieron gato por liebre. Y esa fue una táctica que los nativos utilizarían varias veces más durante el siguiente siglo y medio. De hecho, poco más de un siglo después, los apaches embaucaron a Bernardo de Miranda para que buscara lo que le habían dicho que eran enormes yacimientos de plata en la zona del río Llano, «[una historia] paralela a las historias de las ciudades de oro contadas al crédulo Coronado para atraer a sus tropas a las Grandes Llanuras, donde los indios creían

que perecerían».² La historia moderna, sin embargo, expone su relato como una valiente entrada en el Nuevo Mundo, una aventura como las primeras exploraciones espaciales que, aunque desprovistas de tesoros tangibles, allanaron, sin embargo, un camino por el que otros podrían abrirse paso más fácilmente. Por su parte, dos frailes franciscanos decidieron quedarse con los zuni después de que Coronado se retirara a Nueva España. Poco después fueron martirizados por sus esfuerzos. Después de la brutalidad de Coronado, no es difícil imaginar las sospechas de los nativos. En consecuencia, no hubo muchas excursiones españolas a esta región durante casi cuarenta años. Tras la salida de Coronado, los pueblos zuni volvieron a poblarse para ser desocupados de nuevo treinta y nueve años más tarde, cuando los siguientes exploradores españoles avanzaron por el territorio.

Entre los siglos XV y XVI España tuvo, en cierto modo, un dominio casi completo de las zonas comprendidas entre el Caribe y California. Excepto las entradas de Espejo (en el suroeste de Texas) y de Moscoso (en el noreste), hubo varias expediciones, aunque menores, a una región que era tristemente célebre tanto por su escasez de recursos como por la hostilidad de la población nativa. Sin embargo, en los años transcurridos desde Coronado hasta Alonso de León con fray Damián Massanet (a veces, Mazanet), unos 140 años, el Gobierno español siguió cruzando el río Grande con el fin de conseguir mano de obra esclava de las tribus nativas para las minas de plata del estado mexicano de Coahuila. Aparte de este tipo de empresas, los españoles también delegaron otras entradas más profundas en el corazón de Texas con el objetivo de localizar más tesoros para la Corona y, para los jesuitas y franciscanos, más almas para la conversión.

En 1650 Hernán Martín y Diego del Castillo partieron de Santa Fe con la orden de explorar el centro norte de Texas. Durante su expedición se toparon con una confederación de tribus nativas a las que los españoles denominaron los *tejas* (seguramente por la palabra que estos nativos utilizaban a modo de saludo). Estas tribus pare-

2 Robert S. Weddle, *The San Saba Mission*. (College Station: Texas A&M University Press, 1999), 28.

cían más amistosas, más civilizadas (sus asentamientos demostraban cabañas y tierras cultivadas) y, por lo que respecta a los franciscanos, parecían más de acuerdo con la idea de revertir su culto pagano a la ideología católica. Cuatro años más tarde, espoleados por las perlas que del Castillo había traído del río Nueces (actual Concho), otra expedición se dirigió a la misma zona. Esta entrada fue dirigida por Diego de Guadalajara. Siguiendo la misma ruta que los otros, Guadalajara también se encontró con una tribu amiga llamada los *jumanos*, que advirtió a los españoles que no viajaran más al oeste, ya que las tribus de allí estaban en guerra entre sí. Una unidad española más pequeña fue enviada al frente para hacer un reconocimiento y consiguió ser atacada por las facciones enfrentadas. Sin embargo, los españoles, fieles a su estilo, mataron a muchos y tomaron cerca de 200 prisioneros. Guadalajara regresó a Nuevo México únicamente por falta de suministros marciales.

Las hostilidades que los españoles encontraron a menudo mientras colonizaban los territorios en torno a los estados mexicanos de Nuevo León y Coahuila no iban dirigidas únicamente contra ellos. Lo que encontraron fueron docenas de tribus dispares a ambos lados del río Grande, en guerra constante entre sí. Aquellos franciscanos que trataban de apaciguar y convertir, en sus términos, a «indios rebeldes» (inconversos y recalcitrantes a la idea católica) en «indios reducidos» (aquellos dispuestos a convertirse o que ya lo habían buscado a través de los misioneros) tuvieron la tarea inicial de tratar de declarar treguas entre las tribus. Algunos misioneros franciscanos tuvieron cierto éxito en estas regiones, pero sus esfuerzos eran singulares, es decir, viajaban y permanecían solos entre los nativos. Sin embargo, las guerras continuaron tanto entre tribus como contra los españoles si estos se interponían, y las minas de plata del norte de México se interponían a menudo. En 1655, Fernández de Azcue, con unos 100 soldados españoles y unos cientos de nativos auxiliares, intentó sofocar la guerra atacando y derrotando a la muy combativa tribu de cacaxtles. Aunque se consideró un éxito (sobre todo porque se dice que esta expedición fue el primer cruce documentado del bajo río Grande por un europeo), pronto se hizo evidente que habría que hacer más para

pacificar toda la región. Aunque tardó veinte años en llegar, la expedición Bosque-Larios de 1675 tenía exactamente esta misión en mente.

Antes, en 1670, los nativos de las regiones de Nuevo León, Nueva Vizcaya y Coahuila habían enviado delegados a los asentamientos españoles pidiendo orientación y guía en la fe católica. Y, aunque el historiador Bolton escribe que «es evidente que durante varios años algunos de los indios de Coahuila e incluso de más allá del río Grande habían estado pidiendo misioneros, aunque (no sabemos bajo qué influencias) habían enviado mensajeros a Saltillo, Parral, Guadalajara y Ciudad de México»³, parece que, dado el período de tiempo y la documentación, podría estar influenciado por la historia de María de Ágreda. También en esta época, estos emisarios nativos tuvieron la suerte de encontrarse con fray Juan Larios, quien aceptó acompañar a los nativos hasta el límite de la región de Coahuila, en solitario, y permaneció casi tres años entre ellos. Weddle afirma: «Eran los coahuiltecos, divididos en un gran número de pequeñas tribus y bandas que habitaban a ambos lados del río Grande. Como niños perdidos en la oscuridad, los coahuiltecos permanecían en la frontera norte de Nueva España, haciendo señas a los padres misioneros para que vinieran a mostrarles la luz.»⁴ A finales de 1674, el padre Larios había completado tres misiones conversas en la zona, las dos siguientes acompañado por un par de religiosos más. En 1675 la situación era tal que el Gobierno español se sentía lo bastante seguro como para intentar colonizar la región.

En abril de 1675 Fernando del Bosque, un soldado español nombrado por Antonio Balcárcel, el alcalde mayor o gobernador de Coahuila, encabezó una entrada al norte que comenzó desde la misión Nuestra Señora de Guadalupe en Coahuila. Entre el grupo se encontraba un pequeño contingente de soldados españoles, de nuevo junto

3 Herbert Eugene Bolton, *Spanish Exploration in the Southwest, 1542-1706*. (New York: C Scribner's sons. 1916). Copia digitalizada del original de 1916. *Americana Collection* Harvard Univ. 284. Disponible en https://archive.org/stream/spanishexplorat0-3boltgoog_djvu.txt

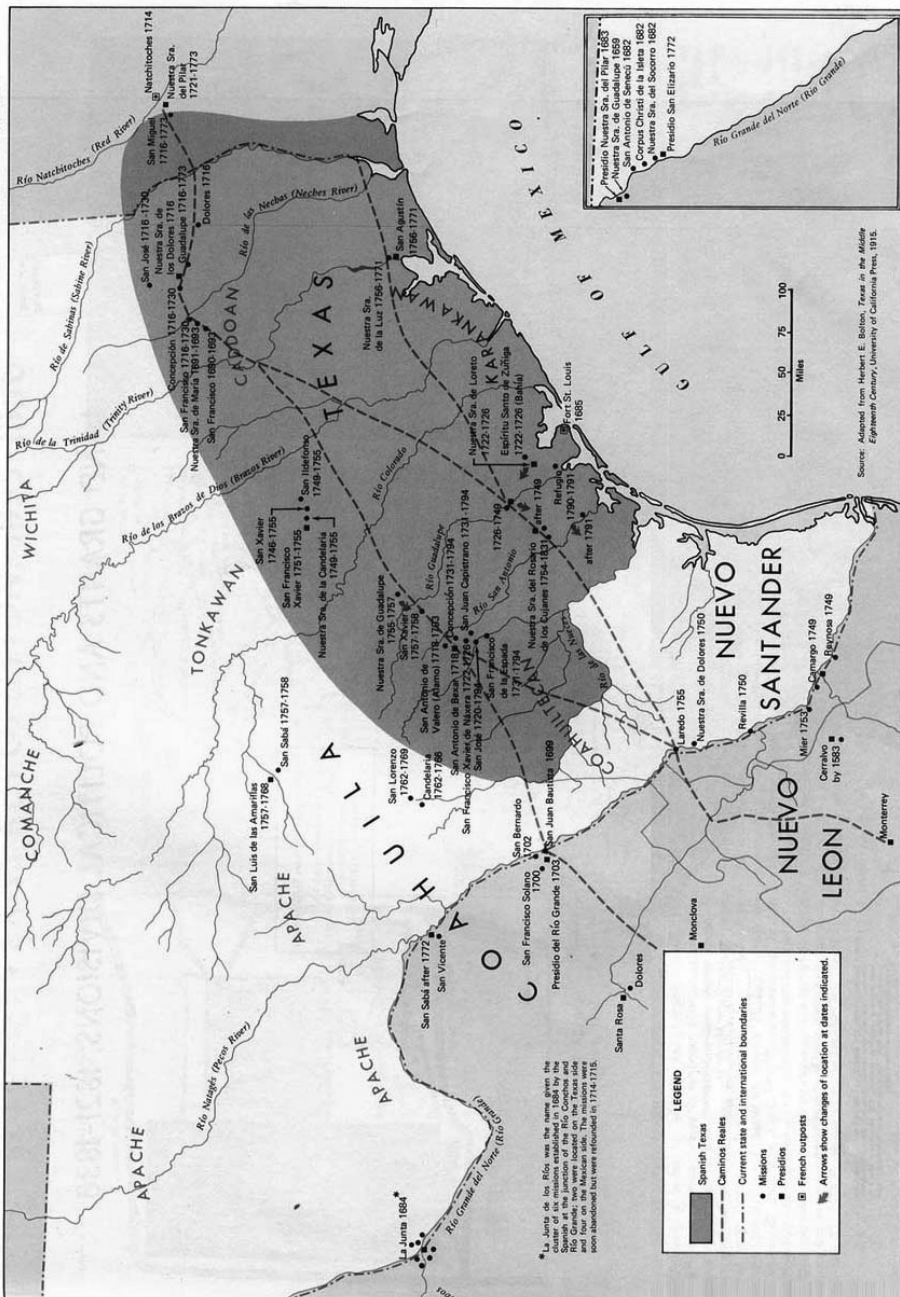
4 Robert S. Weddle, *San Juan Bautista, Gateway to Spanish Texas*. (Austin: University of Texas Press, 1991), 6.

con una unidad auxiliar de apoyo indígena y los frailes Juan Larios y Antonio de San Buenaventura y Olivares. En mayo del mismo año esta expedición llegó al río Grande, probablemente justo debajo de lo que hoy es Eagle Pass, Texas. Bosque reclamó oficialmente la posesión del lugar y enseguida puso el nombre de San Buenaventura del Norte al río. Según su informe, Bosque describe que una vez cruzado el río, varios jefes nativos, de varias tribus, se acercaron al grupo pidiendo instrucción religiosa y el bautismo. Dado que el bautismo es un sacramento, la instrucción es necesaria como requisito previo a su realización. Los religiosos del grupo prometieron a los nativos que volverían con ese fin, y Bosque, en su informe oficial, recomendó establecer misiones en la zona. El establecimiento de las misiones sufrió los retrasos habituales, pero, menos de una década después, los acontecimientos políticos acabarían con las discusiones y acelerarían el desarrollo de dichas misiones: los franceses, principalmente en la figura del explorador René Robert Cavelier, Sieur de la Salle, harían sonar la alarma de allanamiento para el Gobierno español.

Los españoles y, de hecho, gran parte de las potencias de Europa occidental consideraban desde finales del siglo XV que el territorio suroeste del Nuevo Mundo estaba bajo dominio español, estuviera o no colonizado. Hasta que en 1588 los ingleses (junto con *God's Wind and Waves*, —el viento y las olas de Dios—) derrotaron a la famosa Armada española. Aunque no fue una derrota tan completa como los opositores esperaban, sí que parecía haber fomentado la idea de que era posible adentrarse más en el Nuevo Mundo, incluso en las zonas consideradas españolas.

Durante décadas, ingleses, holandeses y franceses habían colonizado territorios del noreste, Canadá y, en menor medida, algunas zonas del Caribe. Y, casi un siglo después de la derrota de la Armada, La Salle navegó por primera vez por toda la escala del río Misisipi, deslizándose desde la zona alta helada en pleno invierno y recorriendo en canoa el resto del trayecto tras el deshielo. A lo largo de esta travesía, reclamó para Francia todo el contingente a ambos lados del río; en el sur, estos territorios incluían lo que se convertiría en Luisiana y un segmento de Texas.

SPANISH MISSIONS, PRESIDIOS, AND ROADS IN THE 17TH AND 18TH CENTURIES



Mapa de caminos reales desde el norte de México hasta el este de Texas. tshaonline.org

Curiosamente, La Salle había ingresado muy joven en una orden jesuita. Cuando llegó el momento de comprometerse plenamente, acto que habría exigido rechazar la herencia de su familia, descubrió un empleo muy diferente. Se embarcó rumbo a Canadá, donde su hermano mayor ya residía como sacerdote en Montreal. Pasó algunos años explorando la zona de los Grandes Lagos antes de decidirse a encontrar un pasaje hacia el sur, hacia el golfo de México, a lo largo del Misisipi. Su intención era establecer puestos comerciales a lo largo de todo el sistema fluvial, una idea muy acertada desde el punto de vista comercial.

Cabe mencionar aquí a un español bastante pernicioso y caído en desgracia llamado Diego Dionisio de Peñalosa Briceño y Berdugo. Nacido en Perú, la vida y el carácter de eran tan nocivos que harían sonreír a un antiguo dictador romano. Debido a la influencia de su familia, fue nombrado alcalde de Perú, pero se convirtió en fugitivo de ese país tras ser acusado de corrupción. Escapó a Nueva España, donde, por las circunstancias que fueran, volvió a ocupar una posición de autoridad como gobernador de Nuevo México. Durante este mandato, la Inquisición no pudo ignorar el número de cargos que pesaban sobre él. Su deletéreo comportamiento se extendió hasta el punto de arrestar a Alonso de Posada, entonces custodio franciscano de las misiones de Nuevo México, cuando este acusó a Peñalosa de una mala conducta que se extendía desde la confiscación ilegal de propiedades hasta los abusos entre la población indígena que los franciscanos trataban de convertir. Una segunda vez, en 1664, Peñalosa huyó de las acusaciones antes que enfrentarse a ellas. En esta ocasión, buscando venganza, se dirigió a los ingleses en 1670 con la idea de establecer un asentamiento cerca de la desembocadura del río Misisipi para tener una base desde la que atacar los intereses españoles en Nueva España, así como las zonas al norte del río Grande. Rechazado por los ingleses, Peñalosa se retiró a Francia y volvió a describirle el mismo escenario al rey Luis XIV. Este plan también fue rechazado. Es una interesante coincidencia que el último intento de Peñalosa de persuadir al rey francés se produjera un año antes de que La Salle recibiera el encargo y que ambos murieran el mismo año (1687).

Tras atravesar todo el río desde el helado Illinois hasta el Misisipi en 1682, La Salle regresó a Francia al año siguiente para pedir permiso y financiación para establecer un asentamiento a lo largo del delta del río en el golfo de México. Luis XIV accedió y La Salle zarpó de Francia en 1684 por decreto real para fundar un asentamiento francés en la desembocadura del río Misisipi. Como la mayoría recordará, esta última expedición de La Salle no solo fue horrible, sino que difícilmente podría contarse un solo logro positivo de la empresa. De hecho, esta aventura, como la Expedición Donner o la Campaña de Gallipoli, destaca únicamente por su increíble fracaso. Perdió un barco de almacenamiento a manos de piratas en Hispanola, enfureció a los nativos karankawa por tomar prestadas demasiadas de sus canoas y, finalmente, cayó en una emboscada y fue asesinado por algunos de sus propios hombres, desesperados. Sin embargo, tuvo el efecto de acelerar los esfuerzos de las misiones españolas.

La expedición de La Salle partió de Rochefort, Francia, en agosto de 1684 con más de 300 marineros y colonos, y casi inmediatamente tuvo problemas. Sin haber salido aún de Francia, uno de los cuatro barcos, *Le Joly*, tuvo que entrar en puerto para ser reparado. Una vez cruzado el Atlántico, la expedición de La Salle necesitaba encontrar un puerto para reabastecerse antes de continuar. Sin embargo, las continuas disputas entre La Salle y el comandante de su flota de cuatro navíos, Tanneguy le Gallois Beaujeu, hicieron que la flota perdiera mucho tiempo en el Caribe, ya que Beaujeu arribó a Petit-Goâve en lugar de a Port de Paix, ambos en el actual Haití, aunque el primero está mucho más al sur y en la mandíbula inferior de la gran boca de la bahía haitiana, mientras que el segundo está situado en la costa norte y había sido el punto de encuentro de la flota. Otros dos barcos de La Salle alcanzaron finalmente al *Joly* varios días más tarde; sin embargo, estos les dieron noticias muy inquietantes. Henri Joutel, soldado que acompañaba a la expedición y uno de los pocos que regresaron a Francia, relata lo siguiente:

«Dos de nuestros barcos, que se habían alejado de nosotros el 18 de septiembre debido a los vientos tempestuosos, llegaron a Petit-Goâve

el 2 de octubre. La alegría concebida a causa de su llegada fue disipada por la noticia que trajeron de la pérdida del ketch, tomado por dos piraguas españolas; y esa pérdida fue más grave, porque ese barco estaba cargado con provisiones, municiones, utensilios y herramientas adecuadas para el establecimiento de nuestras nuevas colonias; una desgracia que no habría sucedido, si Monsieur de Beaujeu hubiera entrado en Port de Paix». ⁵

La pérdida del ketch, bautizado acertadamente como San Francisco, no tardaría en ser de gran ayuda para los españoles, pero La Salle siguió sufriendo desgracias. Varios de los soldados desertaron una vez en las Antillas y las continuas disputas con Beaujeu hicieron que el grupo no llegara al delta del Misisipi, sino que desembarcara en la actual bahía de Matagorda, en la costa de Texas, a casi 650 kilómetros al oeste de su objetivo. Además, el otro buque de aprovisionamiento, el Aimable, se perdió al encallar y, mientras estaba varado de costado, se partió en dos durante una noche de vientos hostiles y olas violentas. Aunque muchos suministros habían sido descargados tras su encalladura, la mayoría seguía a bordo; nadie sospechaba que aquella noche, un esperado respiro tras los turbulentos días anteriores infligiría tal violencia. Sin embargo, Joutel sospechó de Beaujeu:

«El barco quedó varado en los bancos de arena. El mal manejo del capitán, o del piloto, que no había gobernado por las estacas colocadas para tal fin, el sonar en los bancos de arena sin ningún propósito, y varias otras circunstancias reportadas por la tripulación del barco y los que vieron el manejo, fueron indicios infalibles y pruebas de que el daño había sido hecho a sabiendas y deliberadamente, lo cual fue una de las acciones más negras y detestables de las que el hombre puede ser culpable». ⁶

5 Henri Joutel, *Joutel's Journal of La Salle's Last Voyage 1684-7. With a Frontispiece of Gudebrod's Statue of La Salle and the Map of the Original French Edition, Paris 1713, in Facsimile.* (Albany, N.Y. Joseph McDonough, 1906), 61. *Internet Archive*, 2008. Disponible en <http://archive.org/details/joutelsjournalof00joutrich>

6 *Ibid.* 83.

Poco después, La Salle, decidido a mantener su propósito, fundó su asentamiento, que llegó a conocerse como Fort St. Louis, en Garcitas Creek (un arroyo que sale al norte de Port Lavaca, al sureste de Victoria, Texas), en febrero de 1685. El campamento se construyó con árboles cortados en la zona y con cualquier detritus que se pudiera arrancar del Aimable. Muchos de sus compañeros no compartían su entusiasmo por el futuro y se quejaban de querer volver a casa. De las dos naves que quedaban, *Le Joly* y *La Belle* (*La Belle* es el navío que los arqueólogos excavaron en 1995 frente a la costa de Texas), la primera fue cargada con provisiones y el pesimista zarpó rumbo a Francia. De los que se quedaron, las enfermedades, la desesperación y los nativos hostiles mermaron tanto su número como su determinación. La Salle solo sabía que estaba perdido en lo que debía parecer un páramo. Al principio trató de caminar hacia el oeste en un esfuerzo por encontrar el Misisipi, la única zona con la que estaba familiarizado. Después, al darse cuenta de su verdadera ubicación, intentó explorar hacia el este. Fue durante una segunda excursión hacia el este, con diecisiete hombres, cuando algunos miembros decidieron que ya estaban hartos. Un tal Pierre Duhaut, en confederación con algunos otros, asesinó a seis de los hombres de La Salle mientras dormían, y más tarde despachó también a su comandante. Como relata Joutel: «... el traidor Duhaut disparó su pieza y disparó a M. de la Sale en la cabeza, de modo que cayó muerto en el lugar, sin hablar una palabra».⁷

Después de esta hazaña, seis del grupo continuaron hacia el norte, a Canadá y finalmente a Francia, Joutel entre ellos. Otros decidieron quedarse entre los indios del este de Texas, probablemente los hasanai, nativos del grupo de los tejas. Los que habían quedado atrás en Fort St. Louis, los demasiado jóvenes o débiles para intentar emprender el viaje hacia el este, se encontraban en una situación desesperada. Durante dos años esperaron noticias de rescate que nunca llegaron. La mayoría nunca supo la verdad sobre la última

7 *Ibid.* 134.

aventura de La Salle. Los indígenas karankawa, de quienes La Salle había tomado continuamente recursos para sus excursiones y con quienes había tenido muchas discusiones, decidieron, después de enterarse de la muerte de La Salle y la partida de la mayoría de los soldados más capaces, atacar el asentamiento en 1688 y masacrar a todos, excepto a cinco niños que fueron tomados e incorporados a la tribu. Cuatro de ellos fueron conocidos como Niños Talón.

Fue esta excursión francesa, esta intrusión, tal y como la veían los españoles, lo que finalmente obligó a estos últimos a proseguir con sus esfuerzos de expansión hacia *tierra adentro*.

Hasta ese momento, la historia de los esfuerzos de los franciscanos por establecer misiones entre las tribus indígenas del norte de Nueva España se había contado casi exclusivamente desde el oeste. Los nativos del actual estado de Nuevo México ya habían sido testigos de varias entradas y asentamientos españoles entre sus pueblos. Sin embargo, las noticias de la expedición de La Salle no tardaron en llegar a los despachos de los virreyes de los distritos de Nueva España. Fue este singular acontecimiento el que reorientó la atención española hacia el este. De hecho, incluso antes del asesinato de La Salle, los españoles estaban reuniendo hombres para localizar a los intrusos franceses. Tras el apresamiento del ketch francés en Santo Domingo en 1685, los prisioneros franceses tenían una historia interesante que contar.

Del número de misiones de búsqueda y destrucción que los españoles convocaron con el propósito de localizar a La Salle, cada historiador y escritor presenta un número diferente. Baste escribir que al menos tres operaciones navales zarparon del este de México para explorar la costa de Texas y, de nuevo, como mínimo, se organizaron cuatro operaciones terrestres con este fin. De las operaciones terrestres, entre 1685 y 1689, un soldado muy experimentado y capaz llamado Alonso de León (apodado el Mozo) dirigió las cuatro expediciones intraterritoriales para encontrar y erradicar a los franceses de tierras españolas. Las dos primeras no dieron resultado. La tercera expedición, de 1688, se emprendió tras enterarse de que un hombre blanco vivía entre los nativos al norte del río Grande. Al

cruzar el río Grande, esta vez en dirección noreste, descubrieron que el informe era cierto: un francés llamado Jean Géry, uno de los primeros desertores de la expedición de La Salle, vivía entre los nativos coahuiltecos y, además, había alcanzado una posición prominente dentro de su comunidad. De León convenció al anciano y confuso francés para que regresara con él a México, donde Géry fue interrogado. Aunque las respuestas de Géry a las preguntas del virrey fueron farragosas y a menudo incoherentes, ofreció un mapa de la ubicación del Fuerte de San Luis y acompañó a De León en su cuarta aventura a través del río Grande. Y este viaje proporcionaría la verdad y los resultados que los españoles habían estado esperando.

Aquí hay que mencionar a los que iban a preparar el camino para las misiones que pronto se agruparían en las tierras de los tejas, al este de Texas. En 1683 una delegación de veinticuatro franciscanos (las fuentes, una vez más, no coinciden en el número de miembros) navegó a Nueva España con el propósito de fundar un colegio donde estos religiosos pudieran congregarse, prepararse y recibir instrucción antes de viajar a la volátil *gentilidad*, o territorios paganos. Cuando su pequeño grupo, que formaba parte de una misión de aprovisionamiento mayor, llegó a Vera Cruz, su trabajo comenzó de inmediato. Allí se encontraron con que un par de miles de piratas acababan de saquear el puerto, matando o hiriendo a los hombres y secuestrando a las mujeres. Se habían llevado todo el oro y la plata que tenían apilados a la espera de ser enviados a España. Los frailes bajaron literalmente del barco y se encontraron con una carnicería de muertos, moribundos y heridos. Estos sacerdotes, recién ordenados y llegados, «consolaron y confesaron a los vivos, administraron los ritos finales y dieron debida sepultura a los muertos».⁸ Esta fue, pues, su bienvenida a las realidades del Nuevo Mundo al que habían dedicado sus vidas. Cuando hubieron hecho lo necesario, fueron despedidos para Querétaro, caminando en parejas hacia el noroeste por casi 485 kilómetros.

8 Robert S. Weddle. *San Juan Bautista*, 10.